

Velas



Alfonso Vila Francés

Nació en 1970 en Valencia, donde actualmente reside. Se considera a si mismo un escritor *gilipollas*: «¿Qué pasa si, aunque sea momentáneamente, borramos las obras de la biografía de su escritor? ¿Qué nos queda? Pues muchas veces, me temo, un montón de defectos, un catálogo de estupideces, una vida errática, confusa y lamentablemente perdida».

Alfonso ha vivido en Tarragona, Barcelona, Orihuela, Madrid, Bruselas y Debrecen (Hungria). Ha trabajado como monitor de tiempo libre, bibliotecario, archivero y profesor de secundaria y actualmente escribe para la revista *Jot Down*.

Premiado en numerosos certámenes literarios: “Miguel de Cervantes”, “Jaume Roig”, “Vila de Canals”, “Diputación de Castellón”, Ciudad de Getafe”, “Cortes Valencianas”, “Marco Fabio Quintiliano” y “Mariano Roldán”, por fin verá la luz su primera novela.

«Los editores me dicen: "tu novela es muy buena, tienes calidad de sobra para editar con nosotros", pero en estos tiempos no me puedo arriesgar».



Velas



ALFONSO VILA FRANCÉS



BARRETT

Título original: *Velas*

Primera edición: septiembre de 2017

Diseño de colección y cubierta: Estudio Lápiz Ruso

Corrección: Editorial Barrett

© del texto: Alfonso Vila Francés, 2017

© de la fotografía de la biografía: Payo Pascual Ballesteros, 2017

© de la fotografía de cubierta: NYPL

© de la edición: Editorial Barrett

C/ Profesor Manuel Clavero Arévalo, 2, bloque C, 4.º D, Sevilla

www.editorialbarrett.org

info@editorialbarrett.org

Impresión: *Estugraf* Impresores
Polígono Industrial Los Huertecillos, C/ Pino, 5
Móstoles (Madrid)

ISBN: 978-84-945982-5-8

Depósito legal: SE 1740-2017

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Somos buenas personas, así que, si necesitas algo, escríbenos. No nos va a sacar de pobres dejarte hacer unas cuantas fotocopias.

Dedicado a Ana



Esta historia debería empezar por el final. Esta historia debería empezar con un piano de Win Mertens. O con un piano de Michael Nyman. Esta historia debería empezar con una despedida. Mi despedida. Nuestra despedida.

Te lo he contado muchas veces.

Los fotógrafos, la gente, los gritos... Un barco que se tambalea en la tormenta y el capitán diciendo que todo va bien, que los señores pueden continuar con la cena. Y las olas nos golpean y no hay nada que temer.

Los que mueren no son peores que los que sobreviven.

Los que mueren son, de hecho, muchas veces, los mejores.

Y yo estoy viva. O eso parece. Y por eso tengo la obligación de contarlo.

Lo siento.

Lo siento por todos.

Yo no sé qué demonios hago aquí. Supongo que he tenido más suerte, simplemente eso.

Y ya sé que tú te alegras. Tú siempre con tus bromas diciéndome que yo soy indestructible. Que no moriré nunca porque la muerte me es completamente indiferente.

Pero yo también me muero. Me muero muy despacio. Me muero en cada línea y en cada palabra. Y siento pena. No por mí ni por ti. No por nadie en concreto. ¡Y mira qué hay nombres en la lista...! No. Siento pena por todo lo que dije y todo lo que pude hacer. Y por todo lo que no dije y tampoco hice. Y por todo lo que hice y no te dije que había hecho. Y todo lo que pensé y no llegué a decir.

Es una pena ambigua y goteante. No es mortal, pero mata. No viene por ningún sitio, pero está dentro y ahoga.

Y no sirve para nada.

Como tampoco sirve para nada decir que lo siento. Pero lo digo...

¿Lo siento? ¿Lo siento y ya está? ¿Y todo arreglado? ¿Cómo puedo decir lo siento y quedarme tan tranquila!... No. No me quedo tranquila. Sólo respiro. Ya no me quedan lágrimas. Sólo descanso. Una pequeña pausa entre dos tormentas. ¿Y para cuándo la tormenta definitiva? Parece que se acaba el mundo. El cielo se vuelve negro. Las nubes son tan espesas que se pueden cortar con un cuchillo. Y empieza a llover. Empiezan los relámpagos, los truenos, el granizo... y nada. Y después vuelve el sol. Así día a día hasta quién sabe cuándo... Hasta que no pueda más.

Lamentarse es inútil. Lo sé. Enfadarse es inútil. Lo sé. Arrepentirse, llorar, gritar, todo es inútil. Lo sé. Me paso las horas odiándome. ¿Los muertos pueden odiar? Supongo, que si aún odio, es porque aún hay algo vivo ahí dentro. Una rama escualida que se resiste a morir...

No sé qué hago aquí, entre tantas flores y velas. No sé qué coño hago mirándote. Mirándoos a todos. El fondo del espejo es una fosa común. No sé qué hago aquí.

Por eso he vuelto. Esta ciudad ha sido la tumba de todos nuestros sueños. Y yo aún quiero volver a ella...

Sí. He vuelto a todos los sitios. Empezando por el primero y acabando por el último. ¿Vengo para despedirme? Los muertos no se despiden. ¿O sí?

Pero yo vuelvo. Podría mentir... Podría decir que pasé por el Velvet porque no tenía otra salida. Estaba atrapada. No podía hacer otra cosa.

Podría mentirme si mentirme sirviera para algo...

El Velvet estaba en el mismo callejón con olor a meado. Seguía anunciándose con un cartel medio fundido. Enseguida comprendí que había hecho bien. Las fotos de la pared continuaban acusándome. Durante meses enteros todos los periodistas pidieron a gritos mi cabeza. Mi sangre para lavar sus culpas. Y yo se la di. Así que ya no me importa lo más mínimo. Las fotos ya no me duelen. Sus reproches ya no me afectan. A un muerto no se le puede volver a matar. A un vampiro tampoco.

Lo que viene después es cómo un sueño. Las imágenes entran por mi retina y se pierden en el fregadero del alma, directamente, sin filtro que las depure.

Frank me observa desde detrás de la barra. Hay un hombre sentado en un taburete. Lo miro de reojo: no lo conozco. Habían estado hablando hasta que yo llegué al bar. Entonces Frank se ha callado de golpe y me mira con una mezcla de alegría, sorpresa

y miedo. Acaba de ver un fantasma. Un fantasma que no sabe qué decirle. Miro a mi alrededor. Todo está igual. Las mesas, las luces, los cuadros, los *posters* y las fotos de los conciertos... Pero nuestro rincón está vacío. Y otra cosa ha cambiado: no hay música.

Antes estábamos todos juntos. Alguien traía una tarta de cumpleaños y nadie decía: «¡Qué horrerada!, ¡una tarta de cumpleaños!». Hasta Marleen estaba allí, vestida con su cazadora roja de cuero que le había ganado en una apuesta a Marcos. Todos cantábamos y bebíamos. Era un sueño, pero parecía tan real que tardé mucho en comprender que era un sueño.

Y supe que no estaba muerta.

Los muertos no sueñan.

Los muertos no tienen recuerdos.

Y yo aún tengo recuerdos. Durante años he vivido gracias a una máquina. Esa máquina me ataba al presente. Pero no borraba, no podía borrar los recuerdos.

Aún los tengo. La máquina ya no me inyecta canciones. Pero soy una mala hierba. Me agarro y aguanto.

Aún tengo recuerdos.

Por eso he venido. Por eso estoy ahora en el Velvet. Donde juré que no volvería nunca. Y al final, por fin, empiezan a salir las palabras. Y le digo: «Pero Frank, ¿por qué demonios no pones un disco?» y Frank me mira como si fuera a sonreír, pero no sonrío. Sólo mueve las manos. Las abre y las cierra y entiendo qué ya no hay ninguna pregunta posible. Ni ninguna respuesta posible. Ni ninguna canción posible. Y aún no estoy muerta. Pero ya no hay música. Ya no hay nada.

Casi no salimos vivos de ésta. Finalmente este libro terminó de imprimirse el día 10 de octubre en Madrid.

